

José Ángel García Cuadrado, *Grandeza y miseria humana. Una lectura del «Diálogo de la dignidad del hombre»* (Fernán Pérez de Oliva), EUNSA, Pamplona 2013, 120 pp., ISBN: 978-84-313-2940-2.

Este libro contiene una nueva versión, más accesible para el lector contemporáneo, del *Diálogo de la dignidad del hombre* compuesto por el filósofo renacentista Fernán Pérez de Oliva (1494-1531). La brevedad del texto contrasta con su riqueza, ya que en pocas páginas (pp. 71-116) reúne las teorías pagana y cristiana del hombre, reflejando las principales cuestiones antropológicas abordadas desde la Antigüedad hasta el Renacimiento. Más libre en su traducción que otras ediciones, la obra va acompañada de una serie de notas que facilitan su cabal comprensión y de una brillante introducción (pp. 9-70) que brinda información precisa sobre Pérez de Oliva, realiza un detallado análisis del *Diálogo* (historia del texto, fuentes, argumento y estructura), presenta ampliamente los tópicos de la tradición renacentista y, por último, pone de relieve la actualidad de la obra. El libro contiene, asimismo, una bibliografía bastante completa de las ediciones modernas del *Diálogo* y de los estudios críticos de los que ha sido objeto.

Según García Cuadrado, el *Diálogo*, cuyos interlocutores son Aurelio, Antonio y Dinarco, no es una obra original; su valor radica antes bien en la síntesis de doctrinas anteriores. La temática antropológica gira fundamentalmente alrededor de la noción de hombre como *imago Dei*. En ella se insertan las cuestiones de la dignidad y de la miseria del hombre; la primera, proviene de la creación y la recreación; la segunda, tiene su origen en el pecado que aleja al hombre de Dios. El soporte de este binomio se halla en la libertad, ya que el hombre, con su obrar libre, puede participar de la vida divina o envilecerse rebajándose a la vida animal. Este dato no es ajeno a la nueva concepción del hombre generada por el humanismo renacentista, según el cual su dignidad ya no está determinada por lo que el hombre es, sino por su capacidad de hacerse en razón de la libertad. Sin embargo, Pérez de Oliva no descarta la noción de naturaleza hu-

mana como especificadora de aquello que conviene al hombre según su modo de ser. Lo propio y bueno para el ser humano es lo acorde a la naturaleza racional. En consecuencia, no hay en el *Diálogo* una antinomia entre lo natural y lo libre.

En la reflexión sobre la imagen de Dios también se inserta la idea del hombre como microcosmos. No se trata ciertamente de la tesis materialista pagana del epicureísmo opuesta a un Dios creador y providente, sino de una posición purificada en la que el hombre es microcosmos por participar de las perfecciones del mundo sensible y de las perfecciones espirituales que le permiten abrirse a la trascendencia.

Pero, al no nacer totalmente acabado, el hombre debe forjar con su libre albedrío la humanidad a la que está llamado. Por eso la libertad es la capacidad de humanizarse y de humanizar el mundo, y la educación es la tarea por la que el hombre se humaniza a sí mismo. En este sentido, las letras son el cauce para custodiar y transmitir la *humanitas*, con la que el hombre alcanza su verdadero ser. Ellas son la manifestación de la razón y permiten desplegar las virtualidades contenidas en la imagen y semejanza de Dios. A través de la educación, el hombre puede dominar la tierra, edificar la sociedad y obtener todo conocimiento.

En la última parte de la introducción, García Cuadrado descubre algunas claves antropológicas del *Diálogo* que cuajaron en la modernidad. Entre las ideas que permiten resaltar la actualidad de la obra se hallan: (a) la dignidad personal y su fundamentación objetiva en el modo de ser humano, que deriva en el planteo kantiano de un hombre que se otorga a sí mismo su propia dignidad como logro o conquista; (b) el desvalimiento del hombre desde el punto de vista biológico e instintivo, que reclama el papel decisivo del aprendizaje y del ejercicio de la libertad, deformado luego por una visión determinista de su conducta en razón de la herencia genética o del influjo cultural; (c) la supervivencia del hombre gracias a los frutos de la tierra y al arte de sus manos enfrentada posteriormente con el desarrollo de una sensibilidad ecológica que responsabiliza al ser humano de la devastación de la naturaleza; (d) la idea de un Dios creador y providente, justo remunerador, reemplazada por la de una na-

turalidad anónima y perversa despreocupada de las necesidades de los hombres; (e) la separación entre verdad y felicidad (sobre la base de la inhabilidad del intelecto) y la concepción del escepticismo como alivio de los males humanos, que anuncian de alguna manera el pensamiento débil de la posmodernidad y su esencial relativismo; (f) la libertad como capacidad del hombre para hacerse como él quiere y el existencialismo ulterior que acaba negando la naturaleza y a Dios en favor de un obrar sin referencias con el que el hombre determina su propia esencia; (g) la reducción de la razón humana a su dimensión técnica y la posición moderna según la cual la razón impone sus leyes a la naturaleza intentando dominarla perversamente, mientras que el hombre queda reducido a su capacidad de producción y es asimilado a un momento histórico de la evolución de la materia; (h) el origen natural de la sociabilidad humana, con su tendencia a los bienes materiales y morales, y la versión negativa de esta condición que ve en el hombre un enemigo para su semejante.

Con todo lo expuesto, no quedan dudas de que estamos ante una obra apasionante que incita al pensador contemporáneo a una profunda reflexión.

JUAN JOSÉ HERRERA

